

La ascesis y las rateras noticias de la tierra: Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla

No hay mejor fórmula para describir este trabajo que la expresión inglesa «work in progress»: simples notas que apuntan hacia un trabajo futuro: el de una erótica conformada por el ascetismo, esa obsesión constante en el período barroco y, por tanto en el México del siglo xvii: un ferviente deseo de vencer a la prisión corporal y aniquilar su materialidad; como consecuencia, un esfuerzo incesante por destruir el cuerpo. Un solo resultado: su presencia insoslayable en el discurso. Podríamos simplificar diciendo que si el cuerpo del místico se desvanece, el del asceta se agiganta. «La corrupción del cuerpo es el presupuesto de su inmortalidad», como diría Barthes ¹. Ese deseo ha sido privilegiado por el discurso hagiográfico que organiza una composición de lugar, un discurso de virtudes y un repertorio anecdótico ² mediante el cual se da cuenta de momentos singulares en que el cuerpo es el espacio escenográfico de una erotización.

EL HEROÍSMO DE LO EDIFICANTE

He elegido un personaje cuya vida ha sido contada siguiendo los cánones del discurso hagiográfico clásico, durante el período colonial mexicano; un personaje muy importante en su tiempo, Manuel Fernández de Santa Cruz nace en Palencia, España, en 1633, descendiente de una ilustre familia castellana, estudia filosofía y teología en la universidad de Salamanca, se ordena sacerdote y ocupa el cargo de canónigo en la catedral de Segovia hasta que el Consejo de Indias apoyado por la reina Mariana de Austria, madre de Carlos II y regente de España, lo envía a América como obispo de Chiapas en 1672,

¹ Roland Barthes, *Michellet par lui même*, París, Seuil, 1965, pág. 78, traducción mía.

² Cfr. Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, trad. Jorge López Moctezuma, Universidad Iberoamericana, 1985.

cargo que nunca ocupa porque permanece en Cádiz un año detenido por problemas de la flota de Indias. Estando en esa ciudad le llega la noticia de su ascenso a obispo de Guadalajara, ciudad novohispana en la que permanece unos años antes de ser promovido al obispado de Puebla, donde hace su entrada en 1677. Allí reside hasta su muerte, acaccida en 1699, a pesar de haber sido candidato a otras altísimas prebendas, el arzobispado de la catedral Metropolitana de México,

... honor que rehusó humildemente, comenta su biógrafo, y nombrado *Virrey de esta Nueva España*, cargo que renunció reverentemente contentándose con sólo apreciar la honra que con singulares expresiones de su afecto le hacía en su Real Cédula el Señor Carlos II y su consejo³.

Y, sin embargo, este hombre tan ilustre es hoy conocido fundamentalmente por haber publicado un texto intitulado por sor Juana Inés de la Cruz *Crisis de un sermón*, y que, rebautizado por el obispo, se conoce hoy como *Carta Atenagórica*; dicho texto va precedido por un escrito admonitorio intitulado *Carta de sor Filotea*, nombre debajo del cual se ocultaba Fernández de Santa Cruz⁴. De este personaje comenta Octavio Paz, «pueden adivinarse

³ Miguel de Torres, *Desechado de príncipes eclesiásticos*, biografía de don Manuel Fernández de Santa Cruz. Puebla, 1716, f. 5. Los primeros folios carecen de numeración, modernizó la ortografía de los escritos antiguos y los subrayados, salvo aclaración en contrario, son míos. De los numerosos textos hagiográficos de la época destaco Juan de Oviedo, *Vida ejemplar, heroicas virtudes y apostólicos ministerios del V.P. Antonio Niñez de Miranda*, México, herederos de la Viuda de Francisco Rodríguez Lupercio, 1702. Sobre monjas véase Carlos de Sigüenza y Góngora, *Paraiso occidental plantado y cultivado por la muy liberal benéfica mano de los muy católicos y poderos reyes de España, nuestros señores, en su magnífico real convento de Jesús María de México*, México, Juan de Ribera, 1684. Véase asimismo la tesis doctoral de Antonio Rubial, *La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España*. Facultad de Filosofía y Letras, México, UNAM, 1996. Cfr. también mi libro *Sor Juana Inés de la Cruz, ¿Hagiografía o autobiografía?*, México, UNAM-Grüjalbo, 1995. Sobre Fernández de Santa Cruz ha escrito Marie-Cécile Benassy-Berling, *Humanismo y religión en Sor Juana Inés de la Cruz*, trad. Laura López de Belair, México, UNAM, 1983. Ver especialmente un ensayo inédito que la doctora Benassy presentó en 1994 en el Seminario de Literatura Novohispana que dirige José Pascual Buxó, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

⁴ Cfr. el inteligente comentario introductorio de Elías Trabulse a la fascimular de la primera edición de la *Carta Atenagórica* o *Crisis de un sermón* de sor Juana (Puebla, Diego Fernández de León, 1690), publicada en México por Condumex, 1995, precedida por la *Carta de sor Filotea* del obispo de Puebla. Ese prólogo es una «apasionada noticia» de las ya también centenarias especulaciones sobre uno de los más inquietantes misterios que rodean la vida y la obra de esta autora, su llamada conversión. Y en ese prólogo Elías Trabulse da cuenta de un texto enigmático de próxima aparición, el manuscrito intitulado *Carta que habiendo visto la Atenagórica que con tanto acierto dio a la estampa sor Filotea de la Cruz del convento de la santísima Trinidad de la ciudad de los Angeles, escribía Serafina de Cristo en el convento de N.P.S. Jerónimo de México*. Y es que con el renovado gusto por los *Enigmas*, tan curiosamente a la page desde su reedición por Antonio Alatorre (sor Juana Inés de la Cruz, *Enigmas ofrecidos a la Casa del Placer*, ed. y est. de AA, México, Colegio de México, 1995) es posible advertir que sor Juana rompe en este texto autógrafa con todas las convenciones del discurso canónico y con la autoridad eclesiástica constituida; además, deja totalmente en claro y sin trabas —si somos capaces de adivi-

(en su biografía) dos pasiones: la teología y las religiosas ⁵). Sin embargo, a pesar de que posee varios de los rasgos distintivos del discurso hagiográfico, la vida del obispo de Puebla acusa ciertas diferencias si se compara con las hagiografías de otras figuras de la misma época, como el jesuita Núñez de Miranda, confesor de Sor Juana o el arzobispo Aguiar y Seijas, otro de sus denodados perseguidores.

Fray Miguel de Torres, sobrino de sor Juana, escribe la hagiobiografía de Fernández, y, de acuerdo con la exaltada retórica de la época, la intitula *Dechado de príncipes eclesiásticos*. De los primeros datos consignados por Torres, no es posible inferir ninguna diferencia con el canon: el obispo es visto conforme al modelo tradicional que idealiza su condición de prelado y de político, le concede antecedentes heroicos, aunque sus máximas cualidades sean la humildad y la obediencia, y lo convierte en un «dechado vivo y ejemplar admirable de buenas obras en doctrina, en integridad y en gravedad (s.n)». De acuerdo con el modelo que tipifica a todas las figuras prominentes de su tiempo a quienes la fama consagró, los dones recibidos son infusos para subrayar la desigualdad provocada por el pecado original. La caída en-

nar los enigmas—, lo que ella había dicho antes con discreción, respeto y cierta contención en la *Atenagórica* y en su famosa *Respuesta*, formulada a petición expresa de un obispo travestido de monja. ¿No planteaba que al buen entendedor pocas palabras? ¿Y no se expresaba meridianamente así?: «Si el crimen está en la Carta Atenagórica, ¿fue aquella más que referir sencillamente mi sentir con todas las venias que debo a nuestra Santa Madre Iglesia? Pues si ella, con su santísima autoridad no me lo prohíbe, ¿por qué me lo han de prohibir otros? Llevar una opinión contraria de Vycera fue en mi atrevimiento, y no lo fue en su Paternidad llevarla contra los tres santos Padres de la Iglesia? Mi entendimiento tal cual ¿no es tan libre como el suyo, pues viene de un solar?... Demás que yo ni falté al decoro que a tanto varón se debe... ni toqué a la Sagrada Compañía en el pelo de la ropa, ... Si es, como dice el censor, herética, ¿por qué no la delata? y como eso él quedará vengado y yo contenta, que aprecio, como debo, más el nombre de católica y de obediente hija de mi Santa Madre Iglesia, que todos los aplausos de docta... (*Respuesta a sor Filotea, SJ, Obras completas*, México, FCE, t. IV, 1976, ed. Alberto G. Salceda, págs. 468-469)». Podemos entender perfectamente su defensa, sustentada en su libre albedrío, en su propia capacidad para estudiar y comprender las sagradas escrituras y la patristica, y verificamos su negación a obedecer como si fuera divina, y por tanto infalible, la palabra autoritaria de la burocracia eclesiástica de su tiempo, ya se tratara del obispo o de los soldados de la Compañía de Jesús, pero no sabíamos quiénes eran en verdad esos «varones» indignados, esos «censores agraviados» que la acusaban de herética, esos impugnadores, mencionados indirectamente y que seguramente tanto el obispo como el padre Núñez identificaban bien: «Pero ¿dónde voy, Señora mía? Que esto no es de aquí, ni es para vuestros oídos, sino que como voy tratando de mis impugnadores, me acordé de las cláusulas de uno que ha salido ahora, e insensiblemente se deslizó mi pluma a quererle responder en particular, siendo mi intento hablar en general (*Ibid.*, pág. 469)». Sin el estudio de Elías Trabulse no hubiésemos podido comprobar que es Núñez de Miranda el censor, el calificador del Santo Oficio, el soldado encumbrado de la Compañía de Jesús, quien interpreta las ordenanzas de Pablo como preceptos sin analizarlas y manda que las mujeres caullen en la iglesia y lo extiende a todos los ámbitos, es él —aunque implícitamente también Santa Cruz y Aguiar y Seijas— quien quiere verlas tan silenciosas que parezcan muertas, es él quien reprende a las mujeres o más bien a las monjas, o en realidad, y en particular a Sor Juana, cuando «privadamente estudian», es él quien condena su natural habilidad para hacer versos, quién, en suma, la hace objeto de una encarnizada y larga persecución.

⁵ Octavio Paz, *Las trampas de la fe*, México, FCE, 1990, págs. 521-522.

vilece, degrada y hace necesario recurrir a una genealogía para comprobar una nobleza:

... pues si unos como Abel conservan en su pureza aquella noble sangre heredada de sus padres, otros como Caín, y son los más, bastardeando de aquel su primer origen y degenerando de sus nobilísimos progenitores deslustraron lo esplendoroso de su ascendencia con obras tan indecorosas como ajenas a su prosapia; y de aquí nace que el salir unos de claros y otros de oscuros orientes, que ya desciendan de soberano, ya de humildes padres los hombres; más que acaso de natural providencia es disposición soberana a nuestra humana capacidad incomprensible, porque ni nuestro entendimiento rastrea la razón de esta diferencia, ni en nuestra mano estuvo la elección de nuestra jerarquía... y siendo Dios quien hace a quien quiere noble, no quiso que careciese de esta tan apreciable prenda nuestro príncipe... (ff. 5-6).

Para ello, su padre proviene de una «noble y virtuosa estirpe, cuyas raíces se dilataron en el solar ilustre de los Santa Cruces (f. 6)», y por ello también, su ciudad de origen, Palencia, es antigua, heroica y famosa. Cuando niño es virtuoso, obediente y su infancia se equipara con la del profeta Elías y la del Bautista; desde la juventud fue elocuente, aprovechado en las letras y estuvo provisto de un indispensable complemento: la virtud. En la hagiografía escrita por Torres, la vida de Fernández de Santa Cruz recorre los tópicos clásicos del esquema de edificación, ese esquema que define un trascurso vital, el camino de la santidad. Según Michel de Certeau, «... cada vida de santo debe considerarse como un sistema que organiza una manifestación religiosa gracias a una combinación topológica de «virtudes» y de «milagros» (p. 275). Esa combinación articula un conjunto, el de las perfecciones cristianas que le granjean el sobrenombre de «justo», le permiten mantener buenas relaciones con todas las órdenes religiosas, ser comparado con Salomón por su sabiduría y con Alcides por su ingenio, de tal forma que esa acumulación culmina en el heroísmo, un heroísmo que consiste en «reducir» a su principal enemigo, el Demonio, y también en «reducir» o conducir a los extraviados por el camino de la perfección para convertirse de esa forma en un excepcional «ganador de almas», en suma, en Hércules cristiano.

LA BUENA DISPOSICIÓN DEL CUERPO

Y este héroe cristiano tan perfecto en sus virtudes goza igualmente de una perfección corporal. Torres exclama en su *Dechado de príncipes eclesiásticos*:

... porque a la grande hermosura de su ánimo correspondía la buena disposición de su cuerpo y perfección agradable de su rostro. Era más alta

que baja su proporcionada estatura, sin falta ni imperfección algunas, antes sí con perfecta organización en todos sus miembros; el color era blanco, el rostro tenía lleno y rozagante en las mejillas y labios, los ojos negros y vivos, aunque con su modestia mortificados. Con este semblante manifestaba un natural tan agradable y benigno que sólo con su presencia conciliaba los respetuosos afectos de quien lo miraba... (f. 72).

Por su parte, Francisco de la Maza remacha: «Según sus retratos, a los sesenta años conservaba su cara de adolescente»⁶. Un prelado que en varias de sus cartas dirigidas a religiosas insiste en «abrazar la mortificación» y cultivar «el ejercicio de la aniquilación», característicos de los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola e impuestos por los jesuitas de manera universal en el mundo católico prostridentino; pero el obispo se preocupa a la vez, y de manera insistente, «por vigorizar los miembros y fortalecer la salud con el ejercicio» (Torres, ff. 19-20); en este segundo caso, la palabra ejercicio se utiliza en su sentido literal, el cultivo del cuerpo, o sea un entrenamiento regular para robustecerlo, la legua diaria que el futuro obispo caminaba en Palencia con el fin de visitar a una media hermana, religiosa en un convento, quien lo ayudó a dar los primeros pasos para perfeccionar su espíritu.

Aquí me permito hacer una digresión para clarificar este tema y subrayar las diferencias que la vida del obispo contada por Torres tiene frente a los modelos edificantes. La palabra ejercicio en el siglo xvii y después del Concilio de Trento está vinculada sobre todo con el concepto de ejercicio espiritual definido por el fundador de la compañía de Jesús:

El hombre no tiene más que dirigirse hacia Dios por los debidos caminos para alcanzarlo; a él puede llegar solamente con su fervor y el conveniente uso de las facultades naturales. Así, como andando y corriendo el cuerpo se adiestra, también es posible, por medio de ejercicios, dar a la voluntad la disposición necesaria para encontrar la voluntad de Dios⁷.

Y aunque el obispo los practique en el sentido ignaciano, como corresponde a un príncipe cristiano, los ejercicios son además una práctica para enaltecer y robustecer el cuerpo y no para destruirlo, como suele suceder con los cuerpos ascéticos librados de manera literal al ejercicio espiritual. Desde una edad muy tierna, el obispo es admirado por «la capacidad de su espíritu y la bicarría gallarda de su cuerpo» (Torres, p. 44) y, en 1693, en plena actividad en su obispado, ante una posible invasión inglesa en el Caribe, intenta sin ligarlo organizar un ejército para defender las posesiones españolas en

⁶ Francisco de la Maza, *Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia, biografías antiguas. La fama de 1700 (Noticias de 1667 a 1892)*, México, UNAM, 1980, ed. de Elías Trabulse, México, UNAM, pág. 71.

⁷ Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales en Obras Completas*, prologadas y comentadas por el P. Ignacio Iparraguirre, Madrid, BAC, 1963, pág. 243.

América; para conmemorar la nunca realizada hazaña, se hace retratar vestido de mosquetero con la espada al cinto, en franca nostalgia de una profesión que lo hubiese podido consagrar como héroe terrenal, hacer de él un verdadero Hércules y, si caemos en la tentación de lucubrar, en un apuesto caballero, bien dispuesto a emprender lances amorosos (Maza, p. 72).

LOS CERRADOS HUERTOS

Y este guapo obispo tan perfectamente proporcionado en todas sus partes, las espirituales como las corporales, manifestó siempre una especial predilección por los conventos de monjas, desde los principios de su carrera eclesiástica:

Hacia también en los conventos de religiosas frecuentes pláticas espirituales de cuya sagrada semilla cogió abundantísima la cosecha, ya en la reforma de las que habían aflojado en parte la cuerda apretada de la regla, y ya en el espiritual y mayor aprovechamiento de la virtud de las que caminaban por las veredas de la perfección... frecuentaba también los confesionarios de monjas, siendo tantas sus aprovechadas hijas que fuera de los días señalados gastaba las vísperas de comunión desde que salía de completas, hasta que llegaba la noche, porque a la mitad de ésta se dicen los maitines en la catedral de Segovia (f. 53).

Más tarde, ya en Puebla, donde había de transcurrir la mayor parte de su ministerio, se manifestó de manera meridiana esa obsesión que lo había de mover a conseguir que las jóvenes vírgenes cuyo deseo era ser religiosas pudiesen habitar en conventos (fundados cuidadosamente por él) y en recogimientos:

... y ya muchas mujeres que deseaban guardar intacta la flor de su pureza, que hasta entonces habían conservado con el favor de la gracia, pero rezelaban perderla o por ser muy pobres o por ser por hermosas muy perseguidas. Entraron también a pedir remedio a su ilustrísima muchas mujeres que habiendo abandonado su castidad, como la otra de Babilonia, con público escándalo y perdición de otras almas, arrepentidas y avergonzadas con la fealdad de sus culpas, le pedían a su pastor algún lugar seguro en que llorando sus pecados dieran público ejemplo de penitencia, cuando más encerradas en el recogimiento de una clausura. Atendió el príncipe a sus súplicas y aunque le llevaban el corazón para su remedio las pobres niñas doncellas, le pareció (y muy bien) que pedía más pronta la medicina el mal que les amenazaba a las pecadoras penitentes, y temeroso de que volvieresen a enredarse sus miserables almas en aquellas redes que les había echado antes el demonio y en que las había cogi-

do por su flaqueza, dispuso con toda brevedad una casa de recogimiento a que dio por titular y patrona a santa María Egipcíaca... (Torres, ff. 123-124).

Esta última preocupación, la de fundar recogimientos de mujeres dio sus frutos ⁸, aunque muy pronto y a pesar de que las pecadoras necesitaban de la medicina para poder salvar sus almas, el obispo cambió de objeto y decidió transformar el recogimiento en un convento que alojaría a las niñas vírgenes huérfanas y pobres a quienes él proporcionaría la dote. Para entrar al convento Santa Cruz exigía que esas doncellas

... habian de ser nobles y de buena gente y que fuesen de buena cara, porque lo primero que procuraba era saber *si era de buena gente y tenían buen parecer*. Estas eran las que admitía en el Convento de santa Mónica... ⁹.

Son palabras de María de San José, religiosa de ese convento, fundadora más tarde de un convento de agustinas en Oaxaca y autora de una autohagiografía. Esas palabras traducen las preferencias estéticas y raciales de quien sería famoso por elegir un pseudónimo femenino y monacal, y quien, al finalizar su célebre *Carta de Sor Filotea*, le aseguraría, quizá conmovido, a Sor Juana:

Esto desea a Vmd quien desde que la besó muchos años ha la mano, vive enamorado de su alma, sin que le haya entibiado este amor con la distancia ni el tiempo, porque el amor espiritual no padece achaques ni mudanzas, ni le reconoce el que es puro, sino es hacia el crecimiento... ¹⁰.

¿Un alma enamorada? Sin duda, pero también un hombre cuya máxima obsesión sería la del propio cuerpo, concebido éste como el «sobrescrito con que indica la naturaleza las perfecciones del alma (Torres, f. 189)».

⁸ En un estudio próximo a publicarse e intitulado «La celda y el siglo: epístolas conventuales», Asunción Lavrín incluye un texto del Archivo General de Indiferentes de México (legajo 829), en donde se habla del constante riesgo «en que se hallan las mujeres de perderse, así por se aplicar a servir como también porque la labor de manos no rinde lo que se necesita para el vestuario y sustento...». Lavrín añade: «El argumento de la pérdida de honra fue bien socorrido desde el siglo xvi y siguió sirviendo para solicitar recogimientos, colegios y conventos, casi siempre cerrados a mujeres de “castas” o ascendencia mixta. No por tan repetido deja de ofrecer dudas el argumento de la caída en una vida deshonrosa. La prostitución femenina no fue, como en España, autorizada por la municipalidad ni suficientemente común para crear una situación de zozobra social, y se deben albergar dudas en cuanto a la inevitabilidad de la “perdición”».

⁹ Kathleen Myers, *Word from New Spain. The Spiritual Autobiography of Madre María de san José* (1656-1719), Liverpool, Liverpool University Press, 1993, pág. 154.

¹⁰ *Carta de sor Filotea*, en Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, México, FCE, 1976, t. IV, ed. de Alberto G. Salceda, pág. 421.

LAS NIÑAS DE MIS OJOS

La devoción que Santa Cruz tuvo por las monjas fue un signo, según palabras de Francisco de la Maza, «de ese traslado paltónico que hacen los hombres castos de convertir su sensualidad en amor espiritual, humano, legítimo y muchas veces provechoso (p. 72)». Y ciertamente esa devoción fue provechosa: con obstinación el prelado se preocupó por proteger a las niñas nobles y pobres, fundando colegios, de los cuales exclama admirado Torres: «... en menos de veinte años pasan de cincuenta las colegiales que han salido del humilde retiro de sus colegios para subir al tálamo del Divino Cordero, su inmaculado Esposo...» (f. 185). Muchos conventos o «místicos jardines...» para «flores de virginal pureza» (f. 183) son fundados y sostenidos por Santa Cruz; e, insisto, casas de recogimiento para las mujeres...

que, antes pecadoras, habían sido público escándalo de la república y, ya convertidas, eran ejemplo vivo de penitencia, a imitación de aquel bello asombro de la gracia, Santa María Egipcíaca, su titular y patrona (Torres, f. 178).

Ese recogimiento transformado primero en colegio y luego en convento, nada menos que el de Santa Mónica. Así delineado por una imagen «perfecta», la de «dechado de príncipes eclesiásticos», en la exaltada visión de su hagiobiógrafo Fernández de Santa Cruz se dibuja como un apasionado coleccionista, ¿no busca acaso ejemplares perfectos de vírgenes jóvenes, bellas y nobles para encerrarlas en un sagrado recinto y protegerlas contra el mundo?

Había discurrido el Señor Don Manuel hacer colegios de niñas doncellas, nobles y virtuosas la que era casa de mujeres recogidas, y luego que la tuvo desocupada puso en ejecución su buena idea y, para que tuviese el colegio una comunidad en aquel número que juzgaba su ilustrísima proporcionado a su intento, solicitó con diligente estudio en todo su obispado, informes desapasionados de aquellas nobles doncellas en quienes se hallaban las prendas de virtud, juicio, nobleza y hermosura, *que suele ser muchas veces el sobrescrito con que indica la naturaleza las perfecciones del alma*, y no puso menor estudio en que fuesen pobres de bienes de fortuna porque suelen ser éstas las más expuestas a los golpes de la desgracia. Con estas diligencias *consiguió el prelado tan crecido número de vírgenes* que pudo elegir entre las que tenía nominadas aquellas que por resplandecer más en las prendas y calidades que se deseaban, llegaron a llenar con su conocimiento y experiencia el concepto del gran juicio de príncipe tan prudente (MF, ff. 189-190).

Un mismo recinto alojaría sucesivamente a esas mujeres pecadoras, «ejemplo vivo de penitencia» y, luego, a aquellas jóvenes seleccionadas de entre el «crecido número de vírgenes» coleccionadas, de «buena cara», requisito

que no era en absoluto indispensable ¹¹. ¿Será excesivo hacer algún tipo de asociación; Tomás Palacios Berruecos, el único hermano varón de la ya mencionada María de San José, y por tanto el jefe de una familia rural que contaba entre sus miembros a una madre viudad y a siete hijas solteras, responde con violencia a una proposición de Fernández de Santa Cruz para recibir en su colegio, insisto, antes recogimiento de mujeres, a sus hermanas y verbaliza de manera rotunda algo que yo he esbozado con timidez:

Mi hermano Tomás siempre fue muy entero en todas sus cosas. Luego que vio lo que contenía la carta, comenzó a alterarse, diciendo que viéndolo él sería descrédito suyo el entrar a sus hermanas en colegio ninguno, que si fuera convento de religiosas, que en tal caso se podía entrarnos, pero que no, que por ninguna manera. Con esta resolución respondió a la carta del señor obispo Santa Cruz, sin que mi madre pudiese impedirselo por más que hizo, a pesar de todas, que aunque no todas nos inclinábamos a ser religiosas, sentíamos mucho el que mi hermano se disgustase con su Ilustrísima, porque a todas nos seguía mucho daño y perdíamos el bien que nos podía hacer. Luego que el señor Obispo vio la carta que mi hermano le escribió y la respuesta que en ella le daba, que luego alzó la mano en procurar nuestro remedio, y nunca más volvió a tratar con mi hermano en ninguna materia, ni volvió a ponerse delante, que con ser Su Señoría tan benigno como era, más en enojándose con una persona era terrible de desenojarse (Myers, págs. 152-153).

LA PIEL DE SANTIDAD

Si examinamos someramente las cartas coleccionadas como apéndice en *Dechado de príncipes eclesiásticos*, podemos advertir que el Obispo de Santa Cruz tenía una especial predilección por escribirles a las religiosas, simples monjas, novicias o preladas, y por tratar de conocer todos las minucias de sus vidas, además de encaminarlas a que cumpliesen con perfección su oficio de enclaustradas. Las cartas van firmadas por el obispo convertido en «Tu padre que te ama en Cristo», o «Tu padre que te quiere para Dios». Sólo en una carta se altera esa regla, la carta que el obispo le dirige a sor Juana Inés de la Cruz, en la que firma como si se tratara de una simple monja, aunque esa monja, sor Filotea, fuera nada menos que un pseudónimo que antes había elegido San Francisco de Sales, modelo de Santa Cruz.

En estos textos es posible advertir que los preceptos travestidos de consejos se encaminan primordialmente a «dar gusto a Dios». Y ese deseo esencial se logra, dice el obispo, mediante el ejercicio de la aniquilación, redefiniendo por él de esta manera:

¹¹ Asunción Lavrín en el ya citado ensayo inédito explica: «La belleza física jamás fue necesaria para la profesión. Se pensaba que la mujer bella o de “buena cara” tendría más oportunidades y deseos de lucir sus prendas físicas en el mundo secular, en la cual el matrimonio era mucho más posible que la profesión.»

Hija mía el camino que has de llevar no admite sequedades, porque si el camino adonde caminamos es la aniquilación y no quieres nada; quien tiene la sequedad quiere el consuelo y esta es falta en el ejercicio de la aniquilación (MT, f. 401).

La falta de deseo por lo terrenal, ese «dar gusto a Dios», se manifiesta cuando la monja se abandona totalmente a los designios del Señor, carece de voluntad, la nulifica o la tiene sólo para lograr erradicarla en su totalidad y aprender a obedecer ciegamente a Dios por intermedio del confesor o del prelado:

El silencio interior no es discurrir ni pensar en cosas inútiles ni en las indiferentes, pero siempre el pensamiento ha de estar empleado en Dios, o en las cosas de obligación, y de la obediencia que Dios, también en el cielo, Infierno, Muerte y en las imágenes de Cristo (MT, f. 400).

Estar en Cristo conduce a prescindir del efecto de todas las criaturas, consiste en suprimir los afectos terrenales para trasmutarlos en amor celestial:

... los vehementes deseos te deben templar, pues queremos en dos días ser pacientes, humildes, y *aunque este deseo trae piel de santidad*, encierra en sí una secreta presunción. Conténtate ahora con estar descontenta con estas inclinaciones y deja a Dios que las quite cuando gustare (f. 400).

Un desasimiento de lo terrenal para abrazarse a lo celestial, «no poner oficio en criatura alguna» para darle primacía absoluta a Dios. Este desasimiento implica por lo tanto prescindir de todos los afectos humanos y practicar la obediencia ciega, es decir, entrar en la pasividad más extrema, dejarse poseer y estar a la merced del único y posible dueño, Dios, mediante el despojo total, la aniquilación: debes querer más que el gusto de Dios sin querer ni quietud ni luces ni otra cosa que el beneplácito de Dios, que es lo que dice San Francisco de Sales de la estatua, que si tuviera conocimiento y la preguntaran que hacía en su nicho inmóvil, respondiera que estarse allí porque gustaba su dueño el estatuario, que aunque no hacía nada le bastaba que su dueño le mirase, porque no quería más que estar al gusto de su dueño (Torres, f. 389).

Nada nuevo se advierte en esta descripción, numerosas veces repetida en textos hagiobiográficos, pero en Santa Cruz las cosas se matizan: el desasimiento encuentra una imagen de bulto, una especie de estatua, la de quien por despojo total de sí mismo se ha transformado en objeto inerte, entregado a la mirada. ¿Cómo, entonces, llegar a esa perfección, a esa disponibilidad, a la inercia integral? Una lectura concienzuda resalta las paradojas. Sólo es posible alcanzar la aniquilación o el desasimiento —estar a la merced de Dios, a la medida de sus deseos—, a) si se obedece ciegamente a los superiores e, implí-

citamente al confesor que tiene jurisdicción total sobre las preladadas del convento —Pídele a la rectora licencia para todo, hasta para beber» (f. 394); b) si se emprende un adiestramiento cotidiano que consiste en un regulado juego de comportamientos; c) si se elabora un modelo para los hábitos de conducta; d) si se impone un código de despojo matizado: «a la cabecera pongas madera pero si te quitare el sueño tiempo considerable no la pongas (f. 394)»; e) si se ejecuta una coreografía doméstica: «Dormir en cruz sólo los viernes, lunes y miércoles»; f) si se codifica una burocracia vestimentaria que articula el concepto de la humildad:

No tengas hábito hasta que la prelada te lo mande, ni lo pidas, sino remiéndalo, y adora y besa los remienos como la gala mayor con que se viste la santa pobreza, que no sé cómo no te da gran consuelo en verte peor vestida que todas (f. 395)

g) y, si se reglamentan los ayunos, que deben practicarse sin exageración:

No te desayunes el domingo, y el viernes bebe el atole sin dulce; los demás días déjalo a la providencia (f. 396)... En el comer sean dos huevos, el potaje del caldo y otro plato y en esto no dejes nada; si dieren otro extraordinario o fruta, en eso caiga la mortificación (f. 402).

En cierta medida, pero con mucha mayor moderación, seguiría las reglas tan comentadas de Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios espirituales*:

Castigar la carne... es, a saber, dándole dolor sensible, el cual se da trayendo cilicios y sogas o barras de hierro sobre las carnes, flagelándose o llagándose, y otras maneras de asperezas, lo que parece más cómodo y más seguro en la penitencia, es que el dolor sea sensible en las carnes y que no entre dentro de los huesos, de manera que dé dolor y no enfermedad; por lo cual parece que es lo más conveniente lastimarse con cuerdas delgadas, que dan dolor de fuera, que no de otra manera que cause enfermedad que sea notable (Loyola, p. 244).

Burocracias claustrales, cuya unidad sustantiva es la organización de una ascesis. Pero como es fácil advertir en los ejemplos entresacados de las cartas del obispo, el ejercicio de aniquilación se atempera cuidadosamente en este caso: se trata de un ejercicio moderado del castigo, de una práctica que no daña demasiado el cuerpo, que mantiene su integridad y, en cierta medida, su belleza. Es una mortificación dosificada, un moderado ejercicio de santidad, una práctica que contrasta en sus resultados con las encarnizadas prácticas que atormentan y laceran los cuerpos ascéticos tradicionales, el de Marina de la Cruz, el de Catarina de san Juan, el del arzobispo Aguiar y Seijas. En verdad se trata de una práctica ascética que no destruye la armonía corporal.

LES ENTREGÓ SU CORAZÓN...

El convento de Santa Mónica en Puebla y sobre todo sus monjas fueron siempre predilectas del obispo, al grado de que consideraba a las religiosas como lo más cercano que tenía, una de las partes más preciadas de su cuerpo, «las niñas de sus ojos». Es más, como lo dice muy bien Miguel de Torres:

Lo que todas las colegialas de los colegios ponderaban en su pastor benigno era la amorosa benignidad y caritativo deseo que experimentaban en aquel su corazón piadosísimo, pronto siempre a dar el consuelo a la que se lo pedía para su alivio; y así, si alguna quería confesarse generalmente con su Ilustrísima y lo reconocía conveniente le otorgaba la súplica y se ponía a hacer la confesión con tanto espacio como pudiera el eclesiástico más desocupado y dedicado solamente a este misterio. No les era de menor admiración para ponderar la caridad de su padre el señor don Manuel, y para estimularse cada día más y más en la virtud, la providencia con que puntualmente las atendía a todas su Ilustrísima, enviándoles luego otro día siguiente al que había estado en confesionario los libritos de devoción, a unas los cilicios y disciplinas, a otras todo lo que le habían pedido las necesitadas, señalando las prendas con los nombres propios de cada una, sin confundirlas, sin equivocarlas, siendo tantas... (f. 184).

Esta predilección fue siempre manifiesta en todos los colegios que fundó, como puede advertirse en la cita anterior, pero especialmente en el de Santa Mónica. En el lapso transcurrido entre 1680, año en que decidió darle una nueva jerarquía a su colegio, hasta el de 1688 en que recibió las autorizaciones necesarias para convertirlo en convento mediante una bula papal, trató de calmar, según lo expresado por Torres, «la mortificación que causó al celoso príncipe la dilación de sus ardientes ansias», mediante limosnas que protegían a sus moradoras de los problemas del mundo, e imponiéndoles de antemano las reglas y constituciones vigentes en cualquier convento de religiosas de velo negro y coro. Las manifestaciones de júbilo que orquestaron el triunfo de este obispo a quien se admiraba por su humildad dan cuenta «... (d)el estruendo producido cuando con un solemne repique participa(en las lenguas de las campanas de toda la ciudad» (f. 205). En realidad, mucho antes de recibir los permisos eclesiásticos reglamentarios, el obispo ya había empezado a construir la fábrica del convento, una «primorosa arquitectura», y ya había provisto

... para el sustento de las dichas señoras veinte religiosas (que)... se fincaron sesenta mil pesos en posesiones seguras, para que con los réditos tuviesen los alimentos necesarios sus hijas, y expresa su Exa. Illma. en la escritura que su voluntad es que dichas veinte dotes se perpetúen y mantengan para que las niñas nobles, virtuosas y pobres de bienes de

fortuna a quienes Dios llamare a su convento de santa Mónica no tengan por falta de dote ninguna dificultad para corresponder a la divina vocación... (MT, f. 207).

Un amor obstinado, una devoción particular que veía en «las azucenas racionales de esos huertos de la Virginidad» a las muchas colegialas que Cristo –pero sobre todo el obispo– había elegido «cada día entresacando(las) para sus Esposas» (f. 185). Ese amor obstinado lo movió a proteger el convento y a sus habitantes de los embates del tiempo; sus disposiciones testamentarias incluyeron cuantiosos legados para permitir que se aumentase el número de religiosas y garantizar su bienestar terrenal. Pero el acto más significativo de esa devoción nos remite de nuevo a un dato concreto y corporal, un dato que en su fragancia parece neutralizar la espiritualidad, aunque sea evidente también su carácter simbólico:

Dícese este legado último respecto de los que pertenecen a bienes reales, que del tesoro más noble, más rico y más apreciable que tenía el generoso pecho de este pastor sagrado les hizo entrega y donación por último legado en su testamento, el corazón, miembro principal del cuerpo, centro vivo del amor, palacio de la voluntad, órgano de los espíritus y parte la más noble de todas las que componen el viviente humano, y mucho más noble por serlo de aquel príncipe tan heroico (Torres, ff. 207-208).

El gesto de Santa Cruz tiene antecedentes, sigue los lineamientos de un modelo, y es por ello una imitación, la del ejemplo codificado por «San Francisco de Sales, el gran Príncipe de Génova, a quien (Santa Cruz) tuvo por patrono (Torres, f. 53) y quien había adoptado como pseudónimo el nombre de sor Filotea, y como ya subrayamos antes, es el mismo nombre usado por el obispo de Puebla para amonestar a sor Juana Inés de la Cruz. La imitación se acrisola cuando les hereda a las monjas de santa Mónica el órgano más preciado de su cuerpo. Al adaptar las mismas prácticas del modelo, perfecciona la imitación: su corazón se convierte en reliquia del convento. Y las reliquias son fragmentos de un cuerpo sagrado, ¿no dice acaso Covarrubias en su *Diccionario* que «las reliquias son los pedacitos de huesos de los santos, dichas así porque siempre son en poca cantidad»? ¿y no se completa esta definición con la que nos da el *Diccionario de Autoridades* cuando se lee que las reliquias son «por antonomasia la parte pequeña de una cosa sagrada, como de la Cruz de Cristo, o de cualquiera otra cosa que tocase a su Divinísimo Cuerpo, o fuese regada con su preciosísima sangre;». La reliquia es una prueba concreta y visible de la santidad, un objeto que puede concentrar en su pequeñez una devoción y una ritualidad. En una palabra, en el acto mismo de legar a los fieles una porción de su corporeidad, se transparenta un deseo, el de volverse santo.

Esta fineza que fue la mayor que hizo en demostración de la caridad con que amaba a sus más queridas hijas, su pastor y padre amantísimo lo acredita, no sólo semejante al sol material, llamado *Corazón* (sub. orig.) del Cielo en divinas y humanas letras, porque colocado en el cuarto cielo reparte como el corazón a todos los demás astros su luz e influye en todo lo criado con igualdad, sino al mejor sol de justicia quien entregó el corazón a su más amartelada esposa, cuando herido el pecho, con los dulces arpones de su pureza hermosa, el dice en los Cantares que le sacó el corazón de su centro (Torres, f. 209).

Una observación: ¿Por qué a este acto de imitación que quizá enmascare un gesto de soberbia, se le denomina fineza? Basta recordar la polémica suscitada por la *Crisis de un sermón*, en la que Sor Juana discutía las finezas de Cristo. San Francisco de Sales, escogido por Fernández de Santa Cruz como modelo de imitación, imita a su vez al verdadero modelo, Cristo, cuyo corazón sagrado es el trasunto de su divinidad y también de su humanidad. El intento de Santa Cruz para convertir su corazón en una reliquia de las monjas de Santa Mónica es un acto de gran amor carnal y, además, supongo, de soberbia pura; y, sin embargo, fray Miguel de Torres (quien ha jurado observar las disposiciones dictadas por Urbano VIII que censuraban cualquier biografía que pudiese originar un culto sujeto a veneración) califica ese legado como su máxima fineza, y transforma esa disposición testamentaria en un símbolo religioso, semejante en materia y en espíritu al más excelso de los sacramentos: la eucaristía, cuyo emblema es justamente el «Sagrado Corazón de Jesús», aunque el culto conocido con ese nombre no hubiese estado aún sancionado oficialmente por la Iglesia. Entregar su corazón a sus amadas monjas es perpetuar su memoria en una reliquia, una parte de su propio cuerpo, reliquia conservada aún ahora celosamente en ese convento; entregar su corazón a las monjas para que lo veneren es volverse santo de inmediato a imitar de manera rigurosa —¿sacrílega?— no sólo a su modelo, el obispo de Sales, sino al modelo por antonomasia, Cristo.

MARGO GLANZ

Universidad Nacional Autónoma de México